

cia, y ciertas alusiones literarias— son las que cerraron, junto a las de Jaime León, el calendario de exposiciones del Cedla, galería-taller perteneciente a un grupo de arquitectos, e inaugurada en la segunda mitad de 1978.

Bajo el nostálgico título *El paraíso perdido*, Gonzalo Díaz ordena y expone en las blancas paredes del Cedla, un mundo animal, feroz, palpitante e irracional, donde gatos furiosos, aves de rapiña, perros de presa y toros amenazantes inquietan hasta al más advertido de los espectadores. Y en las que el ser humano no es más que una mancha lejana, difusa y una sombra de sí mismo.

—Creo —dice, con un lápiz en la mano, una hoja de apuntes y tratando de traducir en palabras sus muchas imágenes— que hasta para entrar en las tinieblas, en el infierno, no es nada fácil. Por eso, telas como *El Cerbero*, representan a un terrible perro que tiembla. Que es el guardián de la berma, iracundo, pero que despierta piedad y miedo.

### Literatura y realidad

Para llegar a estas formas, Gonzalo Díaz trabajó durante un año. Y aunque confiesa una inevitable presencia de la música (Bruckner) y de los personajes de *El paraíso perdido* (Milton) o de *La Divina Comedia* junto a *La Eneida*, no deja de desconocer la influencia que el presente y la realidad cotidianas ejercen en cada una de sus obras.

—Lo que pasa es que estas formas exigen un mayor grado de abstracción. Se

se encontró con la pintura en una vocación de “finales de la adolescencia” y “que uno sigue a pesar de uno, aunque cueste”.

—La escuela —dice— me enseñó, pero nunca tanto como lo que se aprende fuera de ella, en la vida misma.

Y es por eso que ahora a sus alumnas —muchas de ellas señoras, dueñas de casa—, trata de explicarles que, en la pintura y el dibujo, más que perfeccionista técnico, se precisa ser consciente.

Las telas —algunas— le nacen muy grandes. De dimensiones que sobrepasan el espacio habitual donde pinta: su casa. “Y es porque —dice— así lo determina su factura. En ellas es la expresión lo que está en juego, y con ello aumenta la rapidez, la intensidad del color, el tamaño”.

Con una trayectoria no demasiado ruidosa, unos comienzos más emparentados al romanticismo y al misterio, pero hoy día de definitivamente expresivos y en los que la realidad a duras penas arremete en un mundo de sueños e irracionalidad, Gonzalo Díaz se siente, a pesar de algunas críticas, más maduro. Piensa que para un artista de hoy, es un deber ser “metafísico”.

—Porque —señala— juzgar la vida desde un punto de vista demasiado contingente, es evadirse de ella misma. Además resulta demasiado fácil, y hoy día cualquiera se siente comprometido con el arte porque pega dos cintas de *tape* sobre un papel.

Admirador de Hesse, artista contemporáneo que tiene “la capacidad de percibir el mundo extrasensible”, ahora, entre los planes más próximos del joven artista, están los preparativos de una nueva exposición para el otoño de 1979. Y de ahí, emprender vuelo a Italia (“Roma o Florencia, no lo tengo muy claro”) para hacer uso de una beca que le permitirá, por primera vez, despegar de Chile persiguiendo aún el paraíso que intuye, y que lo hace pasarlo “pésimo” a veces: la pintura. Pero por el que por ningún motivo está dispuesto a claudicar.

L.U. ■

GONZALO DIAZ

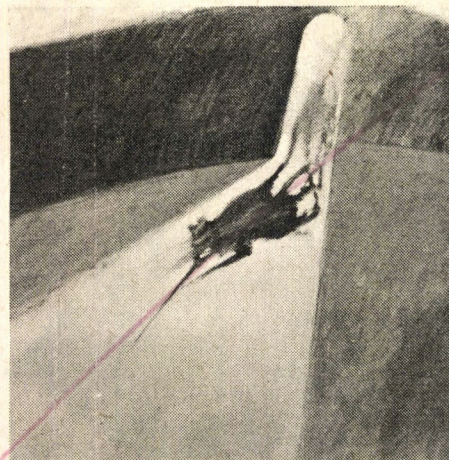
## Un violento paraíso

63

□ “Hasta el guardián del infierno siente miedo” es, más o menos, el lema en la exposición de pinturas de este joven artista

Para Gonzalo Díaz, 27, el acto de pintar corresponde a “un ánimo”. Un ánimo en el que se mezclan ciertas obsesiones, inquietudes metafísicas, violencia y ferocidad y que a primera vista no se compadece con el transparente rostro de este joven artista con más de diez años de trayectoria solitaria, independiente, ajena a modas y padrinzagos.

Un conjunto de telas suyas —de grandes dimensiones, colores intensos, turbulen-



**TRIPTICO**  
Animales, sombras y sueños

corresponden con una objetivación interior, y en ellas trato de expresar una realidad intangible que está más allá del mundo real y concreto.

Egresado de la Escuela de Bellas Artes y profesor de dibujo en el Instituto de Arte Contemporáneo (del que es “socio”, junto a Gaspar Galaz, Milan Ivelic, Sergio Soza y Eduardo Garreaud), Gonzalo Díaz

